

RICHARD RORTY, *Philosophy as Poetry*, University of Virginia Press, Charlottesville & London, 2016, 96 pp. ISBN: 978-0-8139-3934-6.

Philosophy as poetry es el último libro del pensador norteamericano Richard Rorty. Fue publicado póstumamente y está formado por las tres Page-Barbour Lectures que pronunció en 2004 en la Universidad de Virginia, una introducción a cargo de Michael Bérubé y un epílogo de Mary V. Rorty, la viuda de Richard. El título es acertado en muchos aspectos. En primer lugar, porque en las tres conferencias Rorty hace un recorrido por la historia de la filosofía reinterpretándola, y la disputa entre la filosofía y la poesía está en el centro de la fundación de la filosofía en los diálogos platónicos. Esta forma de tratar de hacer filosofía reinterpretando su historia y produciendo una narración es una de las dos posibilidades entre las que Rorty divide lo que considera la filosofía en nuestra época: distingue entre "filosofía analítica" (la que pretende apelar a conceptos estructurales del ser humano —pre, post-lingüísticos, etc.—) y "filosofía narrativa" (la que asume que la base del ser humano es lingüística y que su condición discursiva es irreductible, entendiendo su tarea como la composición de narraciones que otorguen sentido o explicaciones cumpliendo con unas condiciones de racionalidad bastante laxas). En segundo lugar, porque la disputa entre la filosofía y la poesía tiene lugar en todo discurso que pretenda llegar a constituirse filosóficamente y, aunque Rorty se centre en uno de los aspectos capitales del problema acertadamente, no resulta descabellado afirmar que en la disputa que se da en su discurso pierde la filosofía.

La primera conferencia lleva por título 'Deshacerse de la distinción entre apariencia y realidad' y, en principio, pretende ayudar a revertir las bases del platonismo y la doctrina de Parménides. Por un lado, si tomamos el gesto filosófico como *querer saber*, el título resulta eminentemente antifilosófico: querer saber hasta las últimas consecuencias es tratar de hacerse con la realidad de las cosas (esté donde esté). Por otro lado, si por platonismo entendemos la ingenua proposición de que existen *efectivamente* entidades que dotan de sentido definitivamente a las cosas humanas, no nos resultaría difícil ponerlo en cuestión. Pero podríamos decir razonablemente que no es eso lo que encontramos en los diálogos platónicos. Por alusiones: el *Parménides* es el diálogo platónico en el que se cuenta que Sócrates, más joven que en cualquier otro diálogo, habla con Parménides y su discípulo Zenón en una visita que realizaron a Atenas con motivo de unas Grandes Panateneas.

Discutiendo la propuesta de Sócrates sobre la posibilidad de la existencia de las formas y el acceso de los seres humanos a ellas, Sócrates y Parménides llegan a una aporía: imaginando las formas de lo bueno y lo bello en sí, llegan a la conclusión de que no podemos relacionarnos con ellas sino con lo bello y lo bueno que hay entre nosotros, que son distintos de aquellas. Sin embargo, comentan ambos que sin este relato, que propone que cuando decimos una palabra dos veces su sentido sigue siendo *uno y el mismo*, por lo visto desaparecería nuestra capacidad dialéctica. Si entendemos que esta es la base de los diálogos platónicos, luchar por revertir las bases del platonismo sería llevar a cabo una cruzada por la esquizofrenia lingüística de la que, si nos tomásemos en serio su base teórica, no podríamos entender nada porque la estructura y el código de su relato serían que la primera vez que nos dice "perro" significa "perro" pero quizá la segunda "casa" o "camión cisterna", y no podríamos creer razonablemente que estamos compartiendo ningún tipo de información. De modo que, planteando la cuestión en los términos que usa Rorty, podríamos entender el platonismo como el relato que trata de fundar la posibilidad del lenguaje, y revertir sus bases nos llevaría a la imposibilidad de entender siquiera de qué estamos hablando. Pero en principio no es esta (al menos no deliberadamente) la operación de Rorty.

En esta primera conferencia, propone que abandonar la ontología sería una forma plausible de dirigirnos hacia vidas humanas más ricas y llenas, al abandonar la búsqueda de lo real en aras de la habilidad para hacer cosas. Podría llevarse a cabo, dice, admitiendo que la imaginación poética *marca los límites del pensamiento humano*. Sobre lo primero podríamos decir fundamentalmente dos cosas (sobre el problema de quién marca los límites volveremos después): en primer lugar, que componer el relato ontológico (o teológico) que trate de establecer las condiciones del lenguaje y la comunicación enriquece y amplía nuestras vidas humanas en tanto que complementar el impulso de hacer cosas con el intento de saber dónde nos encontramos aumenta (en la medida en que humanamente podemos hablar) las posibilidades de éxito. En segundo término, que el hecho de que la *Apología de Sócrates* ante Antenas ocupe un lugar privilegiado entre los diálogos platónicos (es el único en que se afirma que Platón estaba presente en el trascurso de la acción) pone de relieve la importancia de la política o la acción en relación con el centro mismo del quehacer filosófico. Como diría Emerson (a quien Rorty cita durante todo el volumen con desatino) la verdad más abstracta es la más práctica.

El desatino de Rorty para con Emerson puede ser ilustrativo: lo cita desde la primera conferencia a propósito de la imagen que propone en 'Círculos' sobre la actividad humana como una serie de círculos concéntricos que se producen sin fin, sin un afuera definitivo ni un muro de contención exterior. Sin embargo, si bien es verdad que la visión de Emerson carece de la figura de un afuera definitivo, cuenta genuinamente con un centro que es la infinitud del ser humano. Y este sería el límite que cabe imponer a la poesía, ya que, aunque no haya límite para la ilusión,

solo en la medida en que nos desestabilicemos *continuamente* hay esperanza para nosotros, como concluiría Emerson en el ensayo citado por Rorty. O lo que es lo mismo: tomada como hemos visto, la filosofía sería lo único que le recordaría a la poesía que es *poesía*, evitando así su estratificación tiránica. Pero para que no olvidemos que la poesía es poesía debemos evitar abandonar la búsqueda de las condiciones reales de la expresión y la vida, incluso aunque las hubiésemos imaginado. En este sentido, nada más lejos de la "realidad" que la afirmación de Rorty de la insistencia anti-metafísica de Emerson, quien bien al contrario diría en *La conducta de la vida* que la naturaleza de nuestras cosas es la incorporación de teología y filosofía, de los discursos sobre las condiciones y las contradicciones últimas de nuestra forma de vivir. Con un propósito eminentemente práctico, por otro lado.

Tras poner del mismo lado a Stuart Mill y a Kant como representantes del intento de seguir buscando un muro de contención real definitivo, Rorty usa a Nietzsche para incidir en la posibilidad de erigirnos como poetas de nuestras vidas y de entender la naturaleza como un poema que componemos. Pero es precisamente por la afirmación de la voluntad de poder como realidad de las cosas en sus últimos escritos, nos dice Rorty, que Nietzsche es considerado por Heidegger el último metafísico. Y trae a colación argumentos tratados por Wittgenstein, Wilfrid Sellars, Donald Davidson y Robert Brandom para insistir en que la naturaleza es el poema que los humanos hemos creado y que la imaginación, como plantearía Shelley en su *Defensa de la poesía*, es la capacidad humana por excelencia. Y da un pequeño giro que puede representar la clave de su posición en la disputa entre la filosofía y la poesía, sobre la cuestión de quién marca los límites. Primero nos dice que la imaginación, en el sentido en que está usando el término, no es una capacidad distintivamente humana sino que, como capacidad de llevar a cabo innovaciones socialmente útiles, es una habilidad que comparten los humanos y los castores; pero que la capacidad de dar y pedir razones sí que es distintivamente humana, que el lenguaje y la racionalidad en sentido humano empiezan cuando un interlocutor puede negar el acierto del enunciado de otro o pedirle razones que respalden lo que dice. En este momento llegamos probablemente al punto decisivo de la posición de Rorty: habiendo distinguido de este modo entre imaginación y razón, nos dice que la razón no puede salir del último círculo que la imaginación ha dibujado y que en ese sentido la imaginación tiene la primacía sobre la razón. Pero esto es reducir el ámbito de la tarea filosófica, es asumir que la filosofía o la razón se conforman en un momento dado con algunas respuestas. Rorty somete así la razón a la imaginación, que es la facultad de producir imágenes, y con ello somete la filosofía a las imágenes proyectadas. Esto le lleva a identificar al final de la conferencia la razón, herramienta propia de la filosofía, con la persuasión, típica del sofista. Por el contrario, Emerson defendería platónicamente que Sócrates solo preguntaba, que era otro el que respondía; que las condiciones las establece la poesía y que la filosofía, al preguntar indefinidamente por el

qué de las cosas, lleva al asombro de que caiga el barniz del *cómo vivir* y quien la esgrime se detiene, corrigiendo la teoría del éxito, ante la unidad disolvente del todo en silencio. De allí vuelve dividido, imaginando ser por una parte poeta y por otra filósofo, sin confundir los dos polos.

Cabe mencionar otra diferencia ilustrativa a este respecto entre Emerson (o un defensor de la filosofía) y Rorty (o un defensor de la poesía): mientras Rorty nos dice que es estructural al ser humano ser poeta (afirmando que conoce —del modo que sea— la naturaleza última de nuestras cosas), Emerson imagina la figura del poeta para componer un relato con el que vivir y afirmar en última instancia que busca en vano al poeta que describe, que lo máximo que podemos señalar con conocimiento de nuestro lenguaje es su carácter representativo: que, al final, quién sabe.

De modo que podemos concluir que Rorty no es lo suficientemente radical, en el sentido de buscar la raíz —como diría Emerson en términos poéticos pero también filosóficos—, común al ser humano y a la Naturaleza, que es, en última instancia, desconocida para nosotros. Que la filosofía y la poesía coexistan pacíficamente al precio de que ambas desistan de intentar trascender la finitud humana, como propone Rorty al final de esta conferencia, es convertirlas a ambas en poesía, porque poesía y filosofía solamente coexisten, aunque no pacíficamente sino en una tensión indisoluble, cuando en nuestras vidas incorporamos la pregunta por *cómo vivir* y la pregunta por el *qué* de las cosas hasta sus últimas consecuencias.

La segunda conferencia consiste en un relato en el que Rorty aplica las mismas categorías que en la primera a lo que considera la filosofía contemporánea tratando de persuadirnos de que ha llegado a la misma conclusión: no hay una naturaleza humana que entender sino una historia que reinterpretar y contar poéticamente.

La tercera conferencia consiste en un relato en el que relaciona el romanticismo y el pragmatismo a partir del que considera su lazo común: ambos son modos de tratar de deshacerse del platonismo. Con un gesto de honestidad, trata de situar en cierto modo su estatuto de verdad: ambos se pierden cuando intentan señalar cómo son las cosas en realidad. En cierto sentido él cruza esa línea cuando afirma que la imaginación es el límite más allá del cual la razón no puede ir. Él podría respondernos que puede afirmarlo porque las condiciones razonablemente laxas en las que tiene sentido un discurso son el resultado de un contexto social, y no parece descabellado lo que él está diciendo. Nosotros podríamos responderle, en el caso de que imaginásemos que entendemos lo que nos está diciendo, que abolir la distinción entre filosofía y poesía lleva a que la poesía olvide lo que al parecer es, porque no queda nadie que le recuerde lo que no es. Al que se declara poeta y quiere abolir la distinción entre filosofía y poesía, entre la búsqueda de la verdad y la expresión de ilusiones, podríamos reprocharle lo mismo que al sofista o al historicista: cuando uno no toma en serio el relato socrático corre el riesgo de creer

que sabe lo que no *sabe* y de someter por completo el alma a la comunidad, al tomarse demasiado en serio el relato tiránico de la polis.

Fernando Vidagañ Murgui